

# **LA**

# **HABANA**

# **SUBMARINA**

**ERNESTO SANTANA**  
**JUAN PABLO ESTRADA**

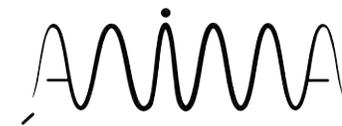


**LA**  
**HABANA**  
**SUBMARINA**

ERNESTO SANTANA

FOTOS

JUAN PABLO ESTRADA



DE LA EXCEPCIÓN A LA MEMORIA

## ÁNIMA

Diseño y maquetación:

Camila Ramírez Lobón  
Juan Pablo Estrada

Edición:

Anamely Ramos González

Esta edición consta de 100 ejemplares.  
Impreso en Buenos Aires, Argentina,  
en 2020, gracias al apoyo de:  
Cultura Democrática



Ánima es un proyecto colectivo, creado en 2019, que indaga en la construcción de la memoria en Cuba, a través de dinámicas grupales y pequeñas investigaciones personales de acompañamiento y socialización. La atención no solo está puesta en el pasado, también en visibilizar espacios y fenómenos cruciales dentro de la cultura cubana actual y que son vulnerables al olvido y la marginalidad.

De la memoria, al colectivo Ánima le interesan aquellos sitios, objetos o acontecimientos que guardan el significado de un momento o un espacio. También revisa la Historia para revelar posibilidades poco atendidas o habitar nuevas sensibilidades. Por este camino nos adentramos en la manera en que las personas de diferentes épocas se apropian de su legado, convirtiéndolo en sociabilidad; o en lo que han olvidado y por qué. Atender los nuevos roles de los que recuerdan, convierte la indagación de la memoria en movimiento político.

En este libro *La Habana submarina*, publicado por primera vez con el título de *Cartas de La Habana*, Ánima quiere hablar de la ciudad según Ernesto Santana. En realidad, no es una ciudad sino muchas ciudades que se superponen, para brindarnos un mapa donde lo onírico se enlaza ineludiblemente con la realidad cotidiana desde los deseos y vivencias del autor y de otros personajes que aparecen. Hemos acompañado el libro con las fotos de Juan Pablo Estrada, que sintetiza la vorágine de una ciudad trepidante y los curiosos ademanes de sus transeúntes, en imágenes transfiguradas por la belleza. Con este libro quedamos invitados a contemplar lo que nos rodea desde esa embriaguez que la belleza produce, recomponiendo en nuestra percepción posibles defectos, malos recuerdos, inexactitudes. Son ciudades mensajeras, donde la unión maravillosa de estos dos artistas, de generaciones y orígenes diferentes, es ya el presagio de un futuro más amable para ser habitado.

## LA HABANA SUBMARINA

Excepto las urbes muy jóvenes que se levantan sobre terrenos sin vestigios de asentamientos anteriores, las ciudades son en general una acumulación de ciudades sucesivas, aunque a veces no queden muchos rastros debajo de las nuevas construcciones. Pero también son la superposición de ciudades imaginarias, de visiones de un mismo sitio, de modos diferentes de vivir un espacio.

Como también hay ciudades en el tiempo. Hubo un San Cristóbal de La Habana entre murallas y fortalezas para no caer más entre el incendio y la destrucción de los que codiciaban sus tesoros, y hubo una Habana extramuros, sin cesar creciente y mundana, que en el siglo XIX gozaba de una enorme ponderación y que ya sobre 1920 no existía, como se queja Jorge Mañach en sus *Estampas de San Cristóbal*. En esos años, cuentan, el teósofo Jinarajadasa hacía una de sus giras por Las Antillas y, habiendo atracado en el puerto de La Habana, se negó a bajar del barco a las calles, perturbado por el aura oscura que dijo ver, densa, sobre la ciudad. Y hubo la rauda y expansiva Habana de los 50. Y aunque todas ellas han desaparecido perduran, a no dudarlo, por aquí o por allá en esta Habana de hoy.

En definitiva, una ciudad debe ser eso: un cúmulo de infinitas ciudades simultáneas, tangibles para unos e invisibles para otros.

Hay una Habana que se extiende bajo el sol y hay una Habana submarina —entre otras— a la que, vestigio sobre vestigio, sólo llegan restos y casi nunca esperanzas sin roer, intactas. En medio de su espeso silencio acuático todo se disuelve rápidamente o se corroe con el salitre y los microscópicos males de lo profundo, en medio de un légamo transparente, mas enceguedor.

Nací lejos de La Habana y en los días antes de venir a vivir en ella alguien me aseguraba, en broma, que para llegar había que pasar por debajo del mar. Yo era muy niño todavía y estuve luego todo el viaje aguardando el tremendo milagro de atravesar el fondo del mar en automóvil, con los peces nadando cerca de los cristales, de manera que

entrar en el túnel de la bahía resultó una gran desilusión. Aunque siempre había vivido cerca del mar, después he tenido la sensación de vivir, acaso, en el mar, *casi bajo el mar*. Mi compulsiva pasión marina me hizo soñar con hombres peces y con Ictiópolis —una ciudad submarina que imaginé bajo la maldición de un intenso silencio y con una historia que quisiera alguna vez saber narrar. Quizás no elucubraba, sino que estaba viendo una Habana tendida en el fondo de su propio océano, bajo un firmamento de noctilucas y medusas fosforescentes, con sus restos de naufragios; sedente y apacible (salvo vo en contadas ocasiones), con sus interminables historias de ahogados y sus transeúntes con severas expresiones de ahogados. Con su eterna pretensión de salir a la superficie.

Con su antiguo entusiasmo, en fin, de Nuevo Mundo —y de Ciudad del Sol, de Nueva Atlántida y, por supuesto, de Utopía, para hablar de la tríada de novelas utópicas; con su incesante destino de hallarse siempre en la mira y en la ruta de piratas, emperadores, aventureros, estafadores, quijotes, robinsones, traficantes de todo, caudillos, trashumates, negreros, libertadores, juglares, buscones, enamorados, perseguidos y perseguidores, alucinados y alucinadores, utópicos y *utópatas* de toda laya durante quinientos años. Y sigue la baraja.

Sin embargo, sólo quiero hablar de mi Habana personal. Para qué pretender otra cosa. Esa ciudad sumergida en sí misma y en el fondo de mí, a la que llegué a través de una imaginaria travesía submarina que no termina aún, y que fue llegar a un laberinto de infinitas dimensiones, donde todo se disuelve y se transforma en medio de un agua centelleante.

Cada noche, desde hace siglos, suena desde lo alto de la fortaleza de La Cabaña, a la entrada de la bahía, un cañonazo que señala las nueve en punto y que, en un principio, indicaba la hora en que se cerraban las puertas de la ciudad amurallada. Hoy no existen ya esas puertas ni esas murallas en torno a San Cristóbal de La Habana. Pero el cañonazo continúa sonando puntualmente, atravesando, como en un haz, ese cúmulo de infinitas ciudades simultáneas, tangibles para unos, invisibles para otros.



## UN CUADRADO MÁGICO POR TODA LA CIUDAD

Es un extraño y desnudo dibujo que generalmente no miramos, pero cuya presencia a veces nos sorprende en un lugar que pudiera parecer a primera vista poco conveniente. Casi todos sabemos qué significa ese cuadrado siempre en un plano vertical en ocasiones con una X o un círculo dentro cuando lo vemos, y nunca dudamos de quién lo ha grabado, casi siempre sobre muros y paredes, tanto ruinosos como recién levantados, lo mismo al borde de una tumultuosa avenida que en el oscuro fondo de un solar yermo, que en cualquier espacio entre los edificios o en medio de un pasillo apenas transitado. E incluso en una columna de un viejo garage o de un portal desvencijado.

Para estamparlo, tanta es la prisa, basta una crayola, un pedazo cualquiera de yeso o de alquitrán, y aun los más apurados llegan a usar excremento de perro si no tienen otro recurso a mano. Pues de eso se trata exactamente: de la *premura*. Los hay que se conforman con tomar el primer trozo de vidrio o la primera piedra afilada que encuentren y entonces rayan, sobre la superficie escogida, esa forma básica del espacio, el cuadrado, que, como sabemos, es un símbolo por excelencia de lo terreno, de lo llanamente secular.

Y no hay tiempo que perder para esa urgente labor, acaso la más importante del día. El juego. Ese cuadrado que tanta emoción concentra es el *home* para un béisbol callejero ferviente y frugal como ninguno: dos, cuatro muchachos llegan aquí a cualquier hora del día y graban con una arista de yeso el mágico signo, las cuatro líneas que afirman un orden repentino que anula todo lo demás: hacia su centro debe ir la pelota improvisada con cualquier material y el bateador, con un palo también primordial, tratará de evitar ese acierto al blanco golpeando la bola hacia el más importante de sus cuatro horizontes: el que tiene ante sí. Y cuanto más lejos logre lanzarla, mayor será el logro y mejor será él mismo.

No importa que alrededor de ellos camine sin tregua la gente en uno u otro sentido ni que transiten por decenas los vehículos (alguno de ellos tendrá que sonar el claxon o frenar ante el chiquillo concentrado

sólo en capturar una pelota demasiado voladora), porque, sencillamente, el entorno ha desaparecido y ahora la realidad se concentra toda en este desafío donde ambos rivales, por cierto, tienen idénticos propósitos y las mismas posibilidades. Todo depende únicamente de la propia destreza y hasta del empeño. Ya no importa cómo fue el juego de ayer ni si habrá otro al día siguiente. Ni qué dirán en la escuela por la escapada antes de tiempo, ni en la casa por la demora y la mochila sucia.

Quizás ninguno de ellos volverá a sentir nunca, como en este rito abierto y furtivo a la vez puede sentir, que está haciendo acto de presencia plena en la luminosidad del aquí y el ahora que viene alumbrando desde esa edad imprecisa a la cual llamamos, a falta de mejor nombre, la noche de los tiempos. Puede que luego esos muchachos pasen la vida buscando esta misma sensación en otros menesteres y en ceremonias diversas. Puede que ya nunca vuelvan a encontrarla. O a sospecharla siquiera.

El juego de pelota, tan intrascendente en su apariencia, está saturado de emblemas esenciales y graves a causa de su propia condición como vestigio de antiguas e incluso sangrientas liturgias cuya relevancia social es imposible desdeñar, y no sólo porque, por ejemplo, el cuadrado recuerde el tiempo detenido en el cuaternario pitagórico. Esta ceremonia que, como no está dirigida a nadie, es para todos, revela una alternancia intensa y repetitiva y una alteridad implacable para enfrentar al *otro*. Porque los dos somos otro, somos el mismo, somos algo más real de lo que día tras día somos. Y sobre todo más real de lo que seremos luego.

Se busca, claro, una jugada más, un batazo mayor, otra carrera sumada, un buen golpe de suerte, un triunfo indudable, un júbilo, un acto inequívoco, un sí irrefutable. Como es uno el riesgo de perder, uno será el éxtasis de la victoria. Pero también, a causa de su mencionada reminiscencia de esas antiguas y a veces terribles celebraciones, el juego de pelota es guerra, sacrificio, caos, espionaje, miedo, violencia desbordada, traición, abuso, humana locura.

Y, por supuesto, caricatura de aquel lado de la política romana —¡sí, la *Roma Quadrata!*— que le daba a su pueblo *pan y circo*. Caricatura,

además, porque en ocasiones el poder siente la tentación de dar sólo circo *y más circo*, quizás por satánica referencia al dicho del Nazareno: *No sólo de pan vive el hombre*.

Pero eso es otra historia. Por el momento el juego se basta a sí mismo. No ocurre ahora, sino en ese presente mítico que, más que en la noche se hallaba en el alba de los tiempos. Y nada puede ser más real que un mito.

Al cabo, terminado el juego, dejamos de ser ese algo más real de lo que ordinariamente somos, y que esperamos volver a ser, aunque luego, con el paso de los años, nos vayamos desrealizando poco a poco mientras nos vamos sintiendo más y más hechos a lo cotidiano, y llegue incluso el momento —inconcebible cuando ocurría la magia del juego— en que pasemos con total indiferencia junto a ese cuadrado y no veamos magia alguna en él. *Es sólo una cosa de muchachos*.

Quizás ni lo miremos.



## CONTANDO LAS OLAS

En este tiempo de un silencio tan turbio, el bullicio interior es acaso más turbio aún. Tal vez escuchas, o crees que escuchas, a tu espalda, un ritmo de pasos que hacen temblar la tierra.

Y rumores de casa en casa, esperanzas de boca en boca, viejos y nuevos fantasmas aburridos, temores mil, yertos recuerdos, espejismos que se arrastran a lo largo del horizonte: todo eso viene a sostener este silencio.

Y este silencio lo cala todo. Y de este silencio, sin embargo, te sostienes. Has visto la indescifrable y sombría espiral de las aves que hacen girar allá arriba el cielo cobalto, midiendo el largo y la altura de cada hora del día y de la noche. Como las olas que vienen desde el horizonte terrible y que tú cuentas por primera o por enésima vez lo mismo que si contaras gotas de agua.

Ah, ese líquido perfil de piedra, esa *maldición del agua por todas partes* que dijo un poeta.

Y este mecánico conteo de sombras, imágenes mentales, rejugos de la necesidad y la ansiedad, rosario de remembranzas; siempre sombras que vemos sólo contra la pared del fondo de la caverna: acaso nuestra propia sombra proyectada hacia adelante —ah, también la maldición de quien tiene, o cree tener, la luz a la espalda, o la ciudad a la espalda—, proyectada y en acción, desdoblada una y otra vez hasta la saturación, hasta el fin de la fiesta de las figuras que se mueven.

De la alucinación. De las sombras incesantes que sostienen este silencio nuestro.

¿Eso que escucho es un eco que resuena entre las calles, las ondas que levanta una piedra real en el agua dormida? ¿O acaso, más probablemente, será el sonido que se repite y rebota entre las paredes de mi propio cráneo? Un sonido cualquiera. Como una sombra común contra la pared de la caverna. ¿Es el reflejo de un cuerpo tangible? ¿Hacia dónde iba ese cuerpo y cómo era exactamente su perfil? ¿O no eran más que formas que aparecen y se mueven sólo en mi mente, sólo en la pared de mi propio cráneo?

¿O recuerdos incesantes de los que están al otro lado del horizonte terrible? Aquella cara que vi hace tres años. Aquellos ojos que no he vuelto a ver desde no recuerdo cuándo. Aquella voz que tampoco volví a oír no sé desde cuál año, pero que ya no volveré a escuchar yo, ni nadie. Aunque dentro de mi cabeza se escuche su eco todavía.

Y por fuera mi cráneo sostiene sobre sí su porción de cielo mudo, su gran sorbo del turbión de silencio, y una llovizna parece venir desde muy lejos para lavar este enorme vidrio arado hasta la sangre por el polvo. Pero tal vez es una llovizna imaginaria, el espectro de una lluvia probable pero imposible.

¿O es esa niebla ahí delante el recuerdo de un sueño que tuvimos? ¿Podemos ver los despojos de nuestros sueños actuar así, convivir así con la forma tangible de nuestras propias manos? ¿Puedes tú deletrear las palabras con que relatas una pesadilla sin perder ni por un momento el ritmo de esos pasos que resuenan, o que crees que resuenan, a tu espalda? En tu espalda, en tu cuello, en tu cabeza, dentro de tu cráneo, en el vidrio temeroso y polvoriento y anhelante de tu mente que recuerda y que sueña, entre los edificios de esas calles, de esa ciudad que va nadie sabe adónde, que crece por dentro y por fuera de sus muros y murallas, que se mueve como sombra total contra la pared en que acaba.

¿Sólo hay la pared al final de la caverna? ¿Acaso una pantalla al final de la bóveda para enumerar perfiles de agua, para orar al horizonte, para marcar latidos afanosos, para contar los soles: las olas?



## PASE EL TIEMPO VELOZ Y YO DESPIERTE

Con palabras tales, o parecidas, nos adormecemos todos alguna que otra noche —o se adormecen algunos todas las noches—, porque se torna obsesiva el ansia de sacarle el cuerpo, y el ánimo, al desgaste de los acontecimientos. O *del acontecimiento continuo* cuando menguan plurales, que ya sabemos cuán oprobioso es el tiempo si discurre en solo un tono.

En un solo sol que se repite día tras día, generación tras generación, como si el versículo bíblico que niega la posibilidad de que exista algo nuevo debajo de él cobrara una literalidad alucinante y, de pronto, no hubiese más que una única hora en implacable y perpetua clonación.

Que se detiene, se congela como una misma imagen cinematográfica proyectada veinticuatro veces por segundo. La pequeña isla en el espacio se torna entonces una pequeña isla en el tiempo también.

Y sin embargo: *Todas las horas hieren, la última mata*, es inscripción usual en los relojes de sol.

Un reloj mecánico puede romperse con relativa facilidad y detenerse, pero un reloj de sol no cesará de marcar el tiempo mientras el nomon arroje su línea de sombra sobre el cuadrante y el viejo y buen tío Helios haga lo suyo.

—¿Qué hora tiene ahí, abuelo? —le pregunta un muchacho apresurado al hombre sentado en el escalón de un portal de La Víbora, que, prefiriendo ser llamado mejor tío que abuelo, señala con el índice extendido hacia el fantástico reloj que hay en lo alto del edificio de enfrente, y no dice una palabra.

El muchacho mira hacia allá durante unos segundos y se encoge de hombros. Quizás nunca se había fijado bien en el artefacto. Quizás le parece que es un extraño reloj de torre que lleva roto muchos años. Quizás sabe que es un reloj de sol y que casi nadie intenta tenerlo en cuenta como indicador del tiempo. Quizás piensa que el viejo es un idiota que se cree simpático, pero no puede demorarse ahora en una controversia con un borracho mañanero.

En definitiva alguien, unos metros más adelante, le dice por fin la hora que es y él se apresura aún más. Ya llegará muy tarde a sus clases, a su trabajo, al encuentro con su novia o a la cita con un amigo. Es posible que la persona que le ha dado la hora también vaya tarde ya a su destino.

Quizás Cuba sea el único país donde existe desde hace decenas de años una emisora radial consagrada a informar el tiempo exacto minuto tras minuto, con precisión de cuarzo, durante las veinticuatro horas del día, en la voz de dos locutores que se alternan el micrófono y que, mientras tanto, repiten unas pocas noticias de las que, si acaso, las más fiables son las referidas al clima, ese inestable caldo.

Es normal escuchar, si uno camina por las aceras en el amanecer, el tictac de Radio Reloj que brota a través de las puertas y las ventanas de las casas que se despiertan a esa hora. Y ese latido de corazón indetenible pudiera parecer la promesa de un día robótico para los que salen de esas casas al burbujeo temprano de la ciudad.

Pero no. Por una u otra razón, por la demora del pan o por la tardanza del ómnibus, lo más normal es que muchos no lleguen en el tiempo requerido a donde deben. El tictac de Radio Reloj es una parte de la banda sonora del día, el background del reguetón que hay que salir a improvisar: A la batalla, dicen unos. Al mercado, en fin: al templo odioso y obligado.

He aquí a ese que llaman desde hace más de dos mil años *homo temporum*, que no es el ser humano crucificado mentalmente sobre las manecillas del reloj, sino, por el contrario, la persona acomodaticia, que actúa de acuerdo sólo con las circunstancias, con los tiempos que le tocan en suerte. Al final de la jornada, tarde en la noche, después de la película, la telenovela o cualquier otro pasatiempo, vuelve a sonar Radio Reloj con la misma precisión, aunque a menor volumen, para programar la alarma del despertador. Y tal vez uno vuelve a desear que pase un lapso de tiempo suficiente —aunque también pasemos nosotros mismos más de lo que quisiéramos— y que entonces uno despierte y se encuentre que ya está *al otro lado*. Que estos días interminablemente lentos *eran* el pasado.

Y ahora es cuando regresa el joven madrugador. Al pasar junto al edificio del reloj recuerda al viejo que lo hizo mirar el loco instrumento en lo alto. El portal está vacío. Vuelve a alzar los ojos y de nuevo ve la curiosa torrecilla. Quizás no sabe que es un reloj de sol. Quizás ya no le importa ninguna hora. Quizás intenta imaginar cómo da la hora un reloj de sol a la luz de la luna llena.

Él mismo, tal vez sin percatarse, va marcando una hora indescifrable sobre el pavimento con su sombra lunar. Una hora fugitiva, con el tictac de su corazón marcando cada paso, cada segundo.

Cada minuto hiera.



## EL BOSQUE DE ESTATUAS SOLITARIAS

Un gorrión se ha posado un momento en el dedo de la egregia figura y enseguida se ha lanzado de nuevo al aire ardiente para proseguir con el rigor de sus asuntos.

Las estatuas no tienen asuntos, aunque sí mucho rigor, pero no deben buscar qué comer, no están precisadas a hacer nidos ni a refugiarse si viene un huracán. Nunca hacen nada además de bañarse en el vapor azul y mirar con ojos huecos el loco ir y venir de los gorriones y de los transeúntes.

Y los transeúntes casi nunca miran a las estatuas. Para algunos de ellos son simples monstruos minerales, aburridos, anónimos, ajenos como frutos de la demencia compulsiva —y manoseadora, manida, manipuladora— de los escultores.

Para otros son próceres, oh, que congelados en la pesadilla continua de la historia se sueñan unos a otros y, rigurosos, se contemplan en la distancia de unos metros o de varias cuerdas o de escasos kilómetros, de pedestal a pedestal, de un parque al otro —pues los próceres no son gregarios y casi nunca acostumbran a andar o a pararse en grupos, entre otras cosas porque el volumen simbólico de uno solo de ellos puede en ocasiones ocupar enormes extensiones.

Aquel que, más que símbolo, ansiaba ser alegoría y lo sacrificaba todo por un espeso baño de multitudes, está seco ahora, muy seco, bajo el inofensivo ardor del vaho azul con que el verano cubre tanto a las estatuas como a los pequeños seres que nos ajetreanos en torno a ellas —gorriones, humanos, moscas y otras criaturas sin rigor—, todos huérfanos de significado y de peso histórico, hechos sin mármol ni bronce, sino sólo con la irreductible materia de la realidad.

De carne y hueso y, para más inri, *civiles*.

Aquella otra estatua parece deberse sólo a un ser superior, inconcebible para nosotros: un Dios del Rigor Mortis: yerto magister y pastor que cuenta y recuenta a sus ovejas de bronce, cuyas hazañas fueron el accidente que les hizo coincidir con nosotros durante un breve instante animal en medio de la mineral eternidad.

No hay Maestro de Marionetas capaz de hacerlo danzar. El prócer, devoto de la rigurosa disciplina, no baila ni marcha. No pregunta nada. Él mismo es, si acaso, la única respuesta que pudo darle a la única pregunta que se hizo a sí mismo.

Pero ni siquiera la Suprema Horma de todos los Maestros de Marionetas sería capaz de arrancarle un ápice de esa pregunta. Ni ahora, ni esta noche, ni mañana. Saber cuál fue esa interrogación mataría toda la magia que tiene la persistencia de bronce del prócer en sus cuatro dimensiones cristalizadas.

¡Y mejor es que no busquemos con la vista en dirección a donde señala el gran dedo índice extendido al final de esa mano que se extiende al final de ese brazo tendido al extremo de esa estatua!

¿Qué punto exacto del cielo nos señala? ¿Qué lugar de la tierra? ¿Hacia allá es adonde lo lleva su cabalgadura? ¿O es que viene, o *adviene*, desde un más allá? ¿O es que no va a ninguna parte, que no quiere ir a ninguna parte, que no hay Maestro Marionetas que pueda llevarlo ni siquiera a rastras a lugar alguno fuera de su iconósfera? ¿*Y esto que somos ahora fue el sueño del prócer?* Tal vez no. Tal vez somos el sueño de otra persona cualquiera que estaba a la sombra del prócer en cierto momento.

Tal vez somos el sueño del caballero que le daba de beber y de comer a la bestia que el prócer cabalgaba.

¡O quizás tampoco eso, sino que somos solamente el sueño de un amigo del caballero! Sí, un amigo que vive cerca de él y lo mira llevar el caballo al establo cada día. Lo oye hablar con afecto y sabiduría, porque el caballero conversa siempre más con la bestia que con el prócer mismo.

Pero no hay una estatua sola, ni dos, en nuestro campo visual. Ojalá fuera así.

La verdad es que hay un extenso bosque de estatuas erguidas a todo lo largo y ancho de cualquier ciudad, y aunque cada prócer cree que está solo en realidad son un enorme ejército disperso entre las casas, entre las calles y los jardines, entre ambas riberas del río macizo en que se ha

convertido la urbe, entre cada hombre y el hijo de su hijo, entre los amantes y los enemigos.

Y entre el escultor que le arranca formas humanas al cuerpo de la tierra y el Maestro de Marionetas que intenta animar las estatuas y no puede, y le grita al prócer y él no lo escucha y entonces le pregunta y el prócer calla, congelado y cabalgando su propia pesadilla inmóvil. Yerto baile de fantasmas de bronce.

Atado a la muralla está, insensible a la tierra y ciego al cielo, sin saber, o sin querer saber, que las murallas siempre caen.

No en la noche, no en el día, ni en el momento en que uno lo aguarda, sino en la tierra.

Sobre la tierra. A todo lo ancho y largo de la tierra.

Y nunca hasta lo más profundo de la tierra. Nada más que *en tierra*, sobre la tierra nada más.

Y nada menos.



## MANU CABALGA LA ESPUMA

y le duele el tobillo y se jura a sí mismo que no volverá a surfear en el malecón, pero hoy es la segunda vez que viene en este año, y este es el tercer año desde que Lino le pidió que viniera con él, *que tú eres letal con la patineta*, que el surfing es otra cosa pero que le gustaría, *compadre, pero aquí no hay arena*, el fondo está casi a flor de agua y son rocas, *letal de verdad es esto*, corales desparramados, dienteperro cortante como navaja bien afilada, la ola te revuelca por sobre todo eso y puedes salir echando sangre por cuatro o cinco heridas, a veces hay un hierro que quién sabe qué coño hace allí o una botella rota que algún borracho tiró anoche, *Malecón letal es esto, Lino*, y enredadas madejas de mil nailons de mil pescadores que han perdido mil veces su cordel porque aquí los anzuelos se enredan con cualquier cosa del fondo, lo más normal, *no me gusta, Lino, me quedo con la patineta*, pero Manu vuelve no sabe por qué, le sangra una herida en el tobillo derecho, sale a la orilla y sube al muro y se mira, bueno, no es tanta cosa, a otra gente le ha ido peor, el año pasado a Pablito tuvieron que coserle un corte en la planta del pie que no paraba de sangrar, pero es que no se puede hacer surfing descalzo sobre esta escollera, lo mejor es un par de tenis bien fuertes, y así y todo, mira el tajazo, pero no es nada, y Manu baja de nuevo, atraviesa ese tramo en que el agua parece hervir, se pone blanca de tanta espuma, aunque aquí el agua es sucia por la desembocadura del Almendares, pero el oleaje se desmenuza sobre la roca desigual del fondo, se deshace casi hasta el vapor, se mezcla un pedazo de ola con el otro, se alza una tenue neblina de sal, Manu sigue más allá, echado el torso sobre su tabla e impulsándose con los pies sobre el suelo tortuoso, procurando no golpeárselos más aún, hasta alcanzar el punto donde las olas se rompen y se mueve un poco, tratando de mantenerse en la posición más oportuna, aunque es capaz de hacerse llevar por una onda de treinta centímetros y cabalgarla Manu sueña una y otra vez con una ola inmensa, la Ola, quizás no de nueve metros como una de Hawaii, pero sí de cinco o

seis, aunque sabe que una ola de ese tamaño puede llegar, y mayor aún, empujada por un viento de huracán más que por uno de estos vientos del norte que en esta época del año se lanzan sobre la ciudad y aparecen en el mapa del tiempo de los noticiarios de la televisión, una ola de tal tamaño sería espantosa en realidad, te mataría sobre las rocas como una mano que barriera un hormiguero contra un papel de lija, como el tsunami aquel que acabó con tanta gente hace dos o tres años, no, Manu quiere una buena gran Ola, como las de su hermano que vive en España, en Sevilla, y baja con sus amigos hasta Cádiz y se van a Tarifa y le manda fotos de ellos surfeando en una costa baja y arenosa, *con un viento fuerte de levante*, como le dice, el año pasado alguien trajo una cámara al malecón y tomaron fotos y Manu le mandó algunas a su hermano y su hermano llamó por teléfono el día de las madres y Manu le preguntó por las fotos del surfing en el malecón y su hermano se reía y le decía que estaba loco, *yo me bañé allí una vez, Manu, y eso es roca viva y el agua es puerca*, y Manu le dice que a veces la corriente echa el agua del Almendares hacia el oeste y el agua se pone clara, *¡las rocas!*, sigue diciéndole su hermano, obsesionado, y *qué tú quieres*, le dice Manu, *¡eso es lo que hay, brother!*, su hermano le cuenta que está ahorrando para irse con sus amigos a Bondi Beach, en Sidney, en el Pacífico australiano, *lo máximo en surfing*, y ahí viene una ola, hierve un poco, espumosa, *¡esa es letal!*, grita Lino, cuando Lino grita *¡letal!* es que viene una ola que puede ser la mejor del día, así que Manu salta y se yergue en su tabla y se acomoda y la ola carga con él y Manu vuela sobre la curva cristalina de esta ola, *qué maravilla*, se dice, va patinando dentro de una esfera de vidrio muy transparente con un rugido suave, con una caída dura y delicada y redonda y única y ya no se siente el cuerpo, *tú no sabes nada, mi herma*, dice mientras la ola se disuelve en la espuma hirviente y termina la cabalgata, que duró sólo unos segundos, que duró una eternidad, otra más, y ya no se acuerda del tobillo.



## BASURA ES BASURA QUE ES BASURA QUE ES BASURA QUE ES BASURA...

¿Qué han escrito en los contenedores de basura?

Uno escribe en un contenedor de basura lo que se le ocurre.

Otro quiso escribir *Pandora*.

Otro escribe lo que piensa que es un contenedor de basura.

Otro, otra cosa.

Uno arroja en un contenedor su basura: papeles viejos, restos de comida, bostezos de hambre, palabras mayores, números sin número, lo que se pudo y lo que no, lo que dijiste ayer y lo que hoy te callas, lo que te diré mañana.

Otro arroja a la basura lo que aún le sirve pero ya no quiere porque no o lo que no le sirve pero a otro sí o lo que no le importa o lo que halló hurgando en la caja de Pandora o lo que todavía o lo que ya.

Otro arroja un disco fuera de moda; otro, una canción sin acabar; otro, un grito acabado, recién gritado, el carajo perfecto: un grito del verdugo mezclado con un alarido de la víctima.

Un pedazo de nada, un sol cansado como dos soles, condones y pañales y un puñal de repentino suicida arrepentido y el plan de una pesadilla y la memoria de un crimen y un pedazo de todo.

Uno arroja un periódico; otro, lo que no dice la prensa; uno al gobierno y otro al gobernado; uno al vecino de arriba y otro al vecino de abajo.

Otro arroja la caja de Pandora y otro viene detrás y se lleva la caja a su casa en el infierno y otro trae otra caja de Pandora más llena que la primera y pasa Arlequín y escribe *Somos felices aquí* en la caja Habana.

El contenedor del cementerio dice que lo de arriba está abajo, etc.

O que adentro no hay nada aunque allí va todo. *Et cetera*.

¿Qué dicen todos esos signos? Que la imagen más espantosa sería la secuencia en retroceso: los contenedores vomitando toda toda toda la basura que les hemos echado: Pandora devolviéndolo todo todo todo a nuestras manos creadoras.



## BROTHER, ¿TE ACUERDAS DEL HIP HOP?

Todo comenzó alrededor de agosto de 1994, cuando se celebró de manera casi milagrosa el primer Festival de Hip-Hop en Cuba. Fue entonces cuando esta vieja ciudadela de El Vedado se convirtió en un punto de convergencia de todas las energías raperas.

*Mi rap no está mezclado, no es pop ni reguetón*, se escuchaba cantar.

La espontaneidad, el talento y la creatividad tuvieron un polo magnético que se tornó fuertemente visible. Graffiti y rap: parecía el inicio de una nueva era cultural en años de la peor crisis general en la historia del país.

*Es necesario que el silencio ya se acabe*, *Tiranosaurio*, se escuchaba cantar.

Los raperos tenían mucho que decir y tenían voces capaces de hacerlo con la dureza apropiada, y tenían modos varios, y tenían voluntad, y tenían esperanzas mientras seguían el brillante camino que algunos afroamericanos e hispanos de Estados Unidos habían empezado en la década anterior.

Nombres como *Public Enemy*, *Ice-T*, *2 Live Crew* o *Arrested Development*, e incluso *M.C. Hammer* o *Massive Attack* con su trip-hop, centelleaban en la mente de quienes estrenaban sus primeras rimas fozas a la vera de las añosas paredes de la vieja casona, que comenzaban a impregnarse de aquellos obsesivos sonidos y a cubrirse de repentinas inscripciones y dibujos trazados por admiradores de Basquiat o de Keith Haring —que dibujaba lo mismo en una pared del metro que en una camiseta o en un dirigible y era admirador, a su vez, de la pintura corporal afrocubana.

Por allí pasaron nombres y rostros incontables como *Alto Voltaje*, *Los Aldeanos*, *Mano Armada*, *SBS* o *Amenaza*, que pocos años después sería un grupo muy conocido en el mundo bajo otro nombre, *Orishas*. Muchos, como estos, se fueron del país hacia los destinos más diversos; algunos siguieron en la cultura hip-hop contra viento y marea, otros no pudieron y la abandonaron.

*Incomprendidos, rechazados, marginados por burócratas de mierda y sabuesos del estado, se escuchaba cantar.*

Algunos amigos todavía se reúnen a veces a un costado del viejo caserón, se sientan en un muro roto bajo los árboles de la acera y conversan quizás sobre el Ice-T actor o sobre una película de Spike Lee. O de cualquier otra cosa.

Algunos de los que se vienen son tan jóvenes que sólo han escuchado contar lo que ocurría allí años atrás, antes de que las autoridades detuvieran el espectáculo definitivamente y el letrero *Comunidad Urbana* dejara de tener un significado estimulante.

Hace sólo unos días se fue para España otro de los sobrevivientes, cuentan, casado con una hermosa europea que se lo llevó más lejos aún de aquellos días de Dj y metralla de rimas explosivas y un hervidero de gente buscando más y más rap y más y más versos duros y más y más nombres de retadores.

*... un país de monjes en tensión, que su iglesia es el mar y su dios una embarcación, se escuchaba cantar.*



## ARBORECENCIAS (O DE CÓMO LA PIEDRA SE TORNA VEGETAL)

Dice la vieja Berta que Osáin, dios del monte, puede escuchar el rumor de la tierra al girar y el flujo de la savia atravesando los árboles. Y tú tienes a veces la impresión de que, en las noches de mucho silencio, se puede oír cómo las raíces de las plantas penetran en la piedra: es un sordo y muy hondo crujido que se parece al de una roca que se frota suavemente contra otra, un ruido muy bajo, tan bajo que toda la ciudad se levanta sobre él; tan profundo que atraviesa hasta la última piedra de la última casa.

Y tú huyes del bosque, pero el bosque te persigue y te atrapa, y aún sigues huyendo por el temor de que una parte de ti se extravía en esta ciudad de mil modos arbolada. Hallas a Osáin en cada calle, cojo, tuerto, manco y con su gran oreja que oye incluso el abrirse de una flor en tu sueño.

Es mediodía, miras en torno: las hojas y las briznas quieren ser más innumerables que los ladrillos y las piedras de los muros y las tejas de los techos. A veces no hay muralla que detenga el avance de la invasión vegetal, que de cierta manera es la invasión de otro mundo.

En el principio, fundar una ciudad fue casi siempre imponer violentamente la piedra sobre la extensión vegetal: cortarla, arrasarla, emponzoñarla, quemarla, desenraizarla, y luego contener su retorno, podar sus retoños, limitar sus excesos incluso en los jardines.

A veces sientes como si el aire todo estuviera repleto de semillas invisibles que se aprietan como granos de arena en la playa, que sólo precisan de una pequeña grieta, de una mínima fisura en la pared donde retoñar y elevar sus leves manos verdes para atrapar la luz y seguir creciendo.

Es el bosque humilde, el indetenible y ciego y silencioso bosque que no repara en medios para alcanzar su propósito, *que no ve la ciudad*, que no nos ve a nosotros, que ni siquiera ve su propia arborescencia, que no ve ninguna otra cosa salvo el rumbo hacia el sol y que no se detiene

mientras halle un punto más alto, un nuevo escalón, un nuevo modo de trepar otra pulgada.

Huyen del bosque las ciudades y él las atrapa lentamente. Del bosque huyó Tikal y el bosque la atrapó, y huyó la portentosa Angkor y la selva terminó devorándola, y alzaron sus estructuras de piedra Palenque y Cobá y el bosque las hundió finalmente bajo sus ramas. Y mil ciudades más se elevaron y cayeron y siempre el bosque terminó cubriendo la piedra, lo mismo que las algas sobre los restos de un naufragio. El hombre riega con el rojo de su sangre el verde de la arborescencia que crece como un sueño muy lento nacido del corazón mismo de la piedra, como un tatuaje vivo en su piel muerta.

Recuerdas una casa en un árbol, no es cosa tan rara. Más extraño resulta un árbol en la casa, en medio de la casa: Berta lo llama Yuli, nadie sabe por qué, y, aunque por supuesto es ciego, parece escuchar y hablar, y los perros no orinan su tronco. Todo lo perdona, incluso que la vieja Berta le encaje clavos para sostener sus jarros y calderos. Es un buen árbol, un flamboyant que en invierno se queda sin hojas, esquelético, retorcido, sombrío, como Osaín, pero que en mayo revienta de flores color fuego e incendia todo en derredor con su belleza inapagable.

Quizás por eso soñaste anoche que el viento hacía frotar una contra otra sus ramas —todavía desnudas y reseca— y que había surgido una pequeña llama, que luego había prendido en otras ramas secas y que había surgido un fuego en la vieja casucha, que se extendió rápidamente y que, por último, sumió en un pavoroso incendio a todo el barrio.



## SI TUVIERA UN ROL EL ROCK AND ROLL

Es música. Nada más. La cadencia de caminar.

Sin embargo: *We sold our soul for rock and roll*, canta Black Sabbath.

Y cuando suenan ciertos acordes uno recuerda que otros —que amaban hacer esa música o que amaban escucharla— no están y esa ausencia se torna muy extraña, y otros acordes traen a la memoria ciertos lugares donde sonó aquella canción o aquella otra, y entonces este aquí tiene una luz rara. La monótona máquina del día se detiene de pronto.

*The show must go on*, canta Queen. Bajo esta súbita luz, la máquina está muerta, pero el día permanece vivo.

Hace muchos años Mota me contó de un amigo suyo que, fascinado con *Wish you were here* de Pink Floyd, se encerró en el baño y juró no salir hasta haber sacado en la guitarra los acordes de la canción. Y así lo hizo.

Sus amigos no se cansaban de escucharlo, luego, una y otra vez, desgranando las notas tal como sonaban en la grabación. Una y otra vez con su guitarra acústica, los acordes y el *riff*, tal como los autores.

*Rock and roll is dead*, dice Lenny Kravitz. Bueno, sí, murió Hendrix, murió Jim Morrison, murió Janis Joplin y murió Bonham, pero no el rock and roll. No cuando murió Lennon. Ritchie Valens, Kurt Cobain y Sid Vicious murieron, y Syd Barrett murió dos veces, pero el rock and roll no.

Murió Freddy Mercury, murió Keith Moon, murió Elvis Prestley, murió Roy Orbison, murió Frank Zappa. El rock and roll no murió.

*Must the show go on?*, pregunta la voz áspera de David Gilmour.

Había un lugar llamado el Patio de María que fue reducto seguro de los rockeros habaneros incluso en las horas más oscuras de los tenebrosos años 90.

*The show must go on*, al menos allí podría haber cantado así también con los Floyd en aquel *rock'n'roll refugee*. Tocaban muchas bandas y

Hubiera sido impensable un sitio así en La Habana de los 60 o los 70, cuando el rock and roll era la música del enemigo, con algunas excepciones cantadas en ruso o en alemán oriental, y a veces.

Por cierto, con perdón de Carlos Santana, muchos creen que la historia del rock mundial no sería la misma si hubiese llegado a nacer un rock cubano *entonces* en vez de ser prohibido, descalificado, disuelto, renegado, corrompido, desfigurado como lo fue.

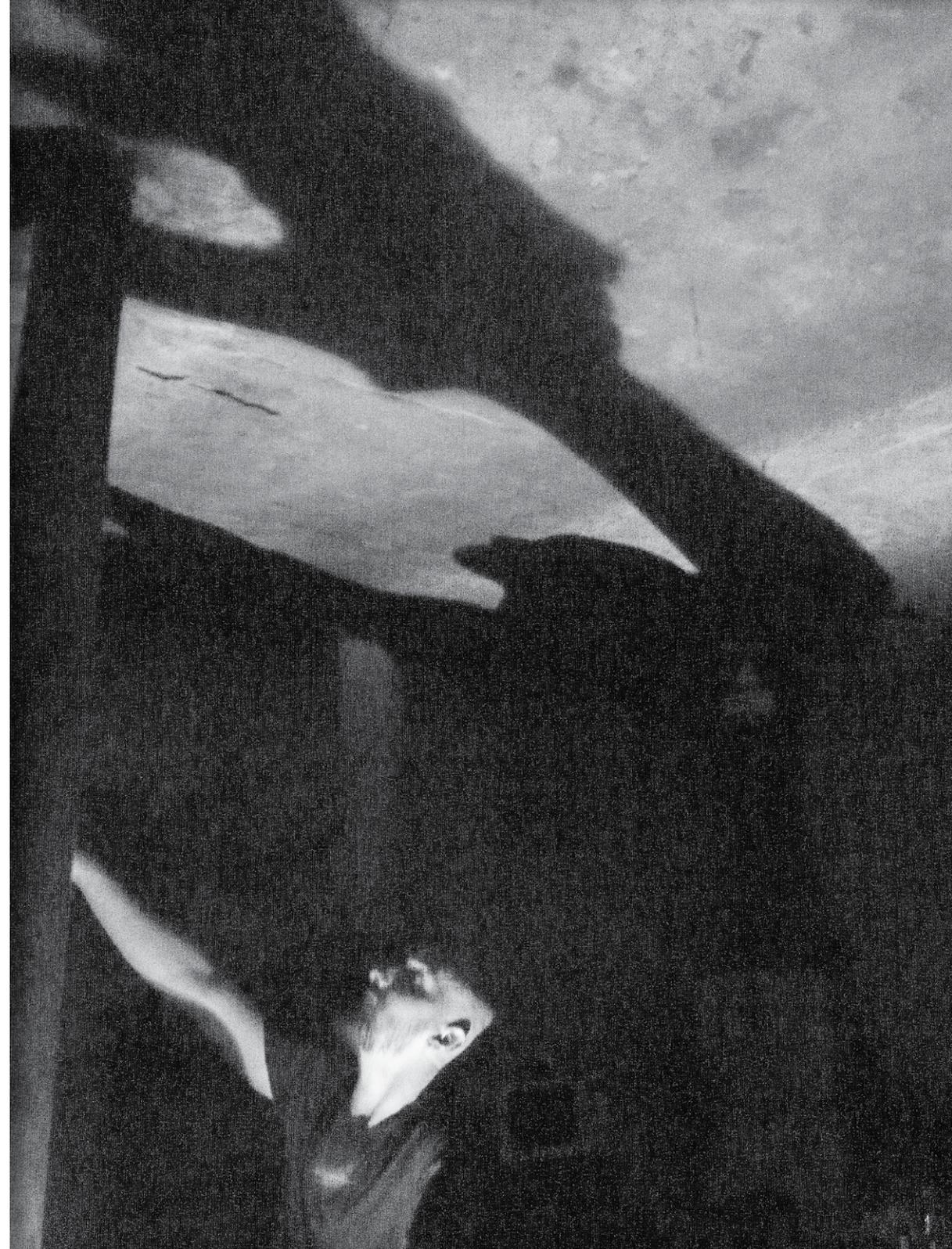
*Too old to rock'n'roll, too young to die*, canta Ian Anderson. Y las autoridades cerraron el Patio de María hace algún tiempo. No moría el rock and roll, pero tampoco el disgusto de las autoridades con aquellos sospechosos que cantaban en inglés o en un español irreconocible, y con aquel público más sospechoso todavía y con sus melenas girando como molinos y, total, que *no se entiende nada*.

Aunque Neil Young cante que *rock and roll is here to stay o que rock and roll can never die*. Bueno, es música. Nada más.

¿Nada más? *You can't kill rock and roll*, canta Ozzy Osbourne.

La cadencia de caminar.

*Qué rico suena un rock and roll con timba*, canta Habana Abierta, por si acaso.



## SOLSTICIO CON LUNA LLENA

Es difícil aceptar que estamos en Navidad. Solsticio de invierno. No hay calor. No hay frío. En el aire y en las casas. Hay ron y reguetón. Y cierta excitación confusa.

No sé qué es preferible. ¿Y quién lo sabe?

Pero se supone que la Navidad son días de júbilo, de familia reunida y amigos conciliados, y no sólo de un poco de ron y alguna comida fatigosamente preparada.

No hay que ser cristiano para sentir que la Navidad es un Nacimiento —lo era el solsticio de invierno mucho antes de aquella noche en un establo de Belén—, y para sentir, sobre todo, que es un renacimiento.

Desde ayer la luna llena la mañana, la tarde y la noche, y por momentos aparece enorme, como una fría amenaza que debiera ser invisible, al menos a pleno medio-día.

Y sin embargo el solsticio de diciembre significa que el sol ya se ha alejado todo lo más que puede de nosotros y que ya emprende el regreso, no como el Hijo Pródigo, sino como el Padre Renacido que aterrizará con todo su esplendor *materno* en la primavera, perdón: en el verano.

Hay cierta fijeza diabólica en esa enorme luna llena en lo alto del día. Mirádonos. Viéndonos empeñados en nuestras patéticas simulaciones de gozo y comunión.

*Otra vez.*

*Y otra vez.*

Y no hay en estos días alguna canción especialmente pegajosa que marque el compás de los segundos, como ocurrió en años anteriores con *Pobre diabla*, la conga santiaguera de Ricardo Leyva o con dos o tres de Hayla Monpié.

No sé qué es preferible. ¿Y quién lo sabe?

Si el país fuera un animal, sería un animal agachado, esperando, para el que una Navidad, otra *Navidad* no significa mucho. Es sólo otra fecha. Y de fechas está empedrado el camino de nuestro infierno.

Un animal agachado, esperando en silencio, con sueños que están más allá de cualquier descripción, pero que seguramente no son sueños de la razón porque sueños de la razón son las ardientes piedras sobre las que ha caminado.

Esperando en silencio que se ponga esa luna terrible, que se apague, que venga una lluvia sorpresiva y la cubra y los relámpagos envuelvan en un solo manojo la tarde y la noche, y que entonces llegue el sol y traiga una luz real.

Los borrachos van cayendo a uno y otro lado de la noche, fuera del alcance del renacimiento y la reconciliación. Los ahítos se han dormido con una mano sobre el vientre y la otra sobre los ojos, para no ver la luna que lo ha mirado todo.

Hermana luna, no lo has visto todo. Has visto los restos del naufragio, pero no has visto lo que hay en la retina del náufrago.

No has visto, hermana luna, los sueños locos que se dibujan contra los párpados cerrados del que no se atreve a soñar con los ojos abiertos.

Vuélvete hacia el espacio, hermana luna, contempla otro espectáculo más vivo. Libera de tu enorme ojo desnudo la muchedumbre de solitarios que atraviesan la calle Veintitrés. Deja que por unas horas cada uno pueda olvidarse de sí mismo y creer lo que quiera creer.

Mañana será otro día. O el mismo.

¿Acaso sabes tú qué es preferible, hermana luna?



## PINTANDO SOBRE ÁRBOLES MUERTOS

Cada huracán que pasa por La Habana, o incluso cerca de ella solamente, deja un reguero de árboles desenraizados o partidos que parecen muestras de la ira de un demonio titánico.

A veces —sobre todo cuando estorban el movimiento en la vía pública— vienen obreros que terminan de despedazarlos y se los llevan en camiones.

Cada ciclón deja claros cada vez más enormes en parques y avenidas con árboles que en muchos casos, para su desgracia, tienen un follaje excesivo en comparación con sus raíces, una fronda que atrapa el viento poderoso y hace que todo el corpulento tronco se precipite a tierra.

Muchos árboles más flacos, flexibles y adaptables a las explosiones de viento del huracán sobreviven, con frecuencia casi intactos, alrededor del gigante caído.

No es difícil imaginar el derrumbe bajo el golpe de esas ráfagas terribles y el largo y doloroso crujir del leño obligado a doblarse hasta el estallido de sus fibras —crujir que es a su vez devorado por el fragor, más fuerte aún, del huracán.

Y puede no ser uno solo en el sitio, sino dos los árboles, uno junto al otro: uno con las raíces al aire como un pez lanzado fuera del agua, otro partido como por un manotazo de colosal rencor.

Y pueden ser dos o tres los años que han de pasar hasta que, cuando ya nadie reparaba en los restos de esos árboles muertos, aparecen de pronto cualquier día sus troncos pintados de amarillo y azul, los dos colores que pudieran unirse para intentar el verde que acaso tuvieron los follajes de entonces.

Pero ahora no se unen ese verde y ese amarillo sino en la hierba tímida que crece en los alrededores.

Sin embargo, ese *verde*, no es ya tan significativo: más importante es la representación que sobre el tronco ha surgido.

Mira bien: es una ciudad: es un resumen de la ciudad. Y tiene hojas de árboles dibujadas en lugar de las hojas de los árboles; tiene una iglesia silenciosa allá, al fondo.

Es una ciudad fantasma representada sobre troncos caídos como en un ritual. Con la silenciosa música de una guitarra sexuada —como toda buena guitarra.

Más importante, creo, es ese ojo (¿de Osaín?) flotando en lo alto del desgarramiento que lo que siente uno cuando camina en torno de un árbol que así, a la intemperie, fúnebre, no se corrompe. Cadáver pintado que sigue diciendo.

Gira el cielo y gira la tierra. Todos los signos cambian. Y ese cuerpo caído, ese tronco muerto ha sido ilustrado por el mismo Osaín, ese San Silvestre deforme, errante y fañoso, que adoptó la forma momentánea de unos pintores salvajes de la jungla de la ciudad.

Que dibujó cosas-colores-ciudadelas-garabatos en el tronco de un árbol muerto que bebe aire verde y defeca la nada suficiente.

La prueba de que el autor fue ese orisha cimarrón está en la punta del tronco roto, *empapada de azul*, como si por un momento hubiese estado clavada en el cielo.



## ELOGIO DE LOS COROS CANTORES (O ACERCA DEL ECO)

Como si todos dijéramos lo mismo y viviéramos en el estado de Ecolalia, repitiendo y repitiendo no importa qué. Como si todos *pudiésemos* decir lo mismo. Como si tantos corazones tuvieran una sola voz. Y fuesen sordos, sordos, soooordos.

Como si no existiera el síndrome de Estocolmo.

O el síndrome de La Habana: el secuestrado no sólo se identifica con su secuestrador, sino que canta su canción: *ahora y aquí*.

Te dicen que repitas lo que repite el eco: el eco, el eco, ecoooo.

El asco.

Que repitas lo que te enseña el ministerio de la verdad: todos somos iguales, iguales, igualeeees. Y esa voz que se oye es la nuestra, la nuestra, la nuestraaaa...

Ládrale a la luna, ládrale a la luuuuuuna.

Ahora no sientes dolor. Ayer no sentiste dolor. Mañana no sentirás dolor. ¿Qué sabes tú lo que es el dolor? ¿Qué sabes tú de ti mismo? —te enseña el ministerio del amor— ¿Qué sabe un número acerca de los otros números?

Sólo un tictac, tictac, tictac (oh Dios), uno, dos, tres, cuatro, etcétera.

Todo vaciado. Todo postergado en nombre del número sin nombre, no en nombre del cantor. Todo debe ser coro: vayamos más allá del dúo, del trío, del cuartero y del infinito número de las posibles combinaciones corales.

Y siempre con mucho cuidado en cuanto al orden, al sitio exacto de cada cual, porque el orden de los factores *es precisamente lo que altera el producto*.

Pero, al final, ¿por qué tanto lamento solitario y tanto lloro en coro escondido?

En definitiva, ¿por qué ese espantoso miedo al error? ¿Qué importa si tanto fuego de artificio y tanta mugre fue en vano? O sea: si una sola vez te asomaste a mí y me viste, si una vez viste la forma de mi corazón, ¿viste mi llanto?

Oye a ese loco. Mejor cállate. Que se vaya la escoria. Yo no quiero acordarme. Socialismo o muerte. Tengo miedo, Señor. Los hombres mueren

de pie. Tú no quieres recordar y yo no quiero ni acordarme de que me olvido. Aquí no se rinde nadie. Voces, voces, voces. Algunas sólo son gritos, gritos, gritos que aún no cesan.

Como si todos dijéramos lo mismo y la historia no existiera. Ni la biología: los seres humanos están separados sólo para unirse en geografía: dice la literatura, dice la ficción, dice la palabra, dice la matemática feroz de los bultos y las bocas y las significaciones de las cosas y los movimientos y cada asomo de realidad es realidad.

Eso quería el Señor de los Dulces. Que la Amargura demorara en llegar lo más posible. Que no te pararas a pensar en el asco que sientes. Porque el asco es el mayor enemigo del número. O el número es el asco, el eco, el aaaaaasco, el eeeeeeco.

¿Es cordura lo innúmero? ¿Lo uno? Bueno, hay quienes creen en píldoras de cordura. No son pocos: pueden hacer un buen coro: *¡Otra pastillita, por favoooooor!*

Me dicen que ría cuando otros rían. Pero ellos, *los Señores de lo Unánime*, no ríen. Y tampoco lloran. ¿Las muecas son verdad?

Ya no sé. De veras que no. Ya no hay un tiempo de reír y un tiempo de llorar, ni un tiempo de gritar y un tiempo de silencio. Una inmensa y densa cortina de confuso silencio cae sobre todo lo que somos.

Ya no hay tiempo de mirar sin ver ni tiempo de oír sin escuchar, ni tiempo de asomarse y no ser: de lanzarse al abismo del grupo y sonreír en el cúmulo fatal y ser un punto como si nada.

Ah, qué caro el misterio del número y del coro, qué impagable es el cero, qué inexplicable el síndrome de Estocolmo —o de La Habana— si no lo vives *ahora y aquí*.

Cuán fácil explicar pero cuán imposible. Porque al final, como al principio (y no lo dudes nunca, porque ahí radica uno de los secretos), no existen los coros cantores: no pueden existir más allá de la ficción de que existen los coros cantores de lo Unánime.

Qué patético el llanto de quien no se atreve a llorar lágrimas solas. Solas. Solas. Solaaaas.

El eco siempre dice la última palabra.

Palabra. Palabra. Palabraaaaa.



## BIENVENIDOS A LA ERA DEL PEZ CLARIA

Es el nuevo recién llegado a la ciudad.

No es bello porque casi ningún pez gato —del orden Siluriformes— lo es, aunque sean tantas las especies bigotudas y con aletas. Y el bagre africano, como también llaman a este *new kid in town*, con su forma de anguila, no está entre los más hermosos, aunque sí entre los más admirados, ante todo porque es fácil de criar: se reproduce fácilmente, crece pronto, se alimenta de casi cualquier cosa, vive casi en cualquier agua y al final tiene buen sabor y pocas espinas.

Se le cría con éxito no sólo en casi toda África, sino en muchos otros sitios desde Israel o Bangladesh hasta Estados Unidos o Brasil. Y Cuba.

Pero su vitalidad llega a resultar impresionante. Si habita por su cuenta, el *clarias gariepinus* sobrevive en los períodos de sequía aunque el terreno se halle casi exento de humedad, gracias a sus órganos respiratorios accesorios, los mismos que le permiten salir durante la noche, valiéndose también de sus fuertes aletas pectorales, a cazar aves, anfibios, reptiles, pequeños mamíferos, caracoles, cangrejos e insectos.

Ya vive en el corazón de la ciudad, en el río Almeydas, que no es poca hazaña teniendo en cuenta lo contaminadas que están sus aguas. Y por supuesto que vive también en los alrededores de la urbe.

Rey sabe de un amigo que pescó uno en un charco cerca de una carretera, donde no podía imaginarse que hubiera un pez. Y no resultó pequeño. Muy contento, lo llevó para su casa.

La vez siguiente que Rey lo vio recordaron el pez. El amigo no había tenido tanta suerte, al cabo. Cuando lo abrió había encontrado una enorme rata en su vientre y no pudo comerlo, por supuesto.

—Es que come hasta bichos muertos —le dijeron.

Es que está llegando a la Ciénaga de Zapata, dicen, y está devorando los huevos de los cocodrilos —sus viejos compañeros de hace millones de años—, de manera que han empezado a poner en peligro casi lo más importante de la Ciénaga.

No es un depredador, dicen, sino una depredación.

¿Cómo llegó el pez claria o bagre africano al país? Hay varias historias. Lo indudable parece ser que comenzó a ser cultivado con cierto control y que entonces llegó un huracán.

Y se acabó el control. Las inundaciones llevaron el pez a donde nunca soñó llegar antes. Luego... Bueno, recuérdese que puede salir a pasear arrastrándose y respirando aire puro. Y al final resulta que en el país, amén de idóneas condiciones de vida, no ha encontrado ningún enemigo natural.

Tiene algo de serpiente, sin duda. Y su reptar se va tornando mitológico. Verdad o mentira, se habla de quien ha encontrado crías de pez claria en una taza de inodoro, de pollos atacados en gallineros, y lo peor: de que ha exterminado a otras poblaciones de peces, como truchas y tencas, en muchas zonas.

Oficialmente sólo se habla de sus bondades y de los altos resultados de su cría artificial, negando que constituya algún tipo de peligro para los ecosistemas del país, pero dicen que ya la única manera de controlar un poco su avance irrefrenable sería estimulando masivamente su pesca.

Así que vayamos todos a comprar anzuelos.

Servicios Comunes



...LE DA COME  
PESCAR A ALGUI  
LO ALIMENTARÁS  
UN DÍA, PERO SI  
LE ENSEÑAS A  
PESCAR, LO  
ALIMENTARÁS  
TODA LA VIDA.



## PARQUE LENNON, REVOLUTION NUMBER NINE NUMBER NINE NUMBER NINE

En un parque de la barriada del Vedado hay una estatua que vienen a ver cientos de gentes diariamente, sobre todo turistas, que se sientan junto a John Lennon para tomarse fotos. Es una estatua vigilada día y noche por un guardián, porque desde que fue puesta allí la figura del músico miope una y otra vez le robaban los lentes, por muy bien soldados que los fijara el escultor en cada ocasión. Una y otra vez desaparecían.

En realidad no era un acto tan raro. Desde que comenzó la beatlemania Lennon estuvo acosado siempre por todo tipo de fanáticos. Uno de ellos, Chapman, demente, con la novela *El guardián en el trigal* de Salinger en una mano, vació sobre él el revólver que tenía en la otra.

Ahora el guardia, en cuanto ve que alguien quiere tomarse una foto, se apresura a ponerle unos horribles lentes dorados que quién sabe de dónde sacó. Después de la foto, se los quita y los vuelve a guardar.

Precisamente en estos días se ha estrenado en el teatro El Sótano una obra en la que un rockero fanático se roba, no los lentes, sino la estatua completa, y se la lleva para su cuarto-garaje con el propósito de ofrecerle un concierto. Melancólico homenaje a una época en la que a nadie se le hubiera ocurrido pensar que el mismo gobierno que en los 60 lo condenaba por capitalista decadente, cuarenta años después ensalzara a Lennon nada menos que por ser soñador de un *mundo único* en el que no hubiera razones para matar ni para morir.

Vueltas que da la vida. Ni siquiera sentado y en silencio, congelado en bronce, tiene paz el primer beatle. Y ya no puede protestar. En todo caso pudiera envidiar la suerte de otro muerto ilustre, pero ignorado, cuyo busto se alza sobre un pedestal cerca de él. Ignorado absolutamente a pesar de que el sobrio monumento haya sido erigido hace más de medio siglo. Ni siquiera el nombre puede decirle mucho al caminante que se detenga a mirar la inscripción.

Pero Fernando Suárez Núñez fue el fundador de la primera logia AJEF (Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad), en 1936, en La Habana, cuando la masonería cubana, debilitada por la caída de sus mejores hombres en la revolución contra Machado y por el triunfo del nuevo dictador, Fulgencio Batista —mientras en Europa se imponían Hitler y Mussolini— decidió retirarse de la lucha activa y preparar a la juventud como continuadora de los ideales de libertad, justicia y fraternidad universales.

*Haga hombres quien quiera hacer pueblos*, había dicho José Martí, a quien los masones consideraban Venerable Hermano, y dos años después ya el Ajefismo contaba con más de cinco mil miembros, e incluso, en 1939, llegaba a México llevado por Martín Dihígo, el mayor de los ídolos del béisbol en su tiempo. En la siguiente década se extendió por el gran país y la primera logia AJEF que se fundó en el Distrito Federal recibió por nombre “Fernando Suárez Núñez”.

Aquel hombre había sido un humilde herrero de Guanajay y su Asociación no era propiamente masónica, sino sólo un sistema práctico de educación moral, una preparación para la vida en su sentido más fraternalmente humano, más allá de toda creencia religiosa o política, con el propósito pedagógico esencial no tanto de enseñar los conocimientos como de enseñar a aprenderlos.

El Ajefismo devino cimiento de la Gran Logia de Cuba y su fundador recibió incontables reconocimientos por su labor formadora en Cuba, Estados Unidos y en varios países de Latinoamérica y Europa, antes de morir en La Habana en enero de 1946.

Nadie se toma hoy una foto a su lado. Nadie se detiene siquiera a mirar ese rostro de bronce que no significa nada. Hasta los políticos lo ignoran. No hace falta un guardia que lo proteja. Y suena terrible, pero ni siquiera es extranjero.



**INTERIORES  
(O ALGUNAS DE LAS DIVERSAS MANERAS DE MIRAR  
HACIA AFUERA)**

Afuera está el mundo espeso y pequeño y continuamente repetido. Al-  
lende la puerta están ellos, está el aquello, está el allá.

Adentro llega los residuos, los signos, fragmentos de las oraciones,  
conscientes e inconscientes a medias, al sepulturero desconocido  
(*Tómame un trago por mí*, suena en un rincón).

Un gorrión entra por el hueco del patio buscando algún resto de pan  
y deja un pedazo de luz de la tarde de afuera grande como una garza  
blanca, que se disuelve al instante. El adentro es sordo.

Cada catacumba tiene su ensordecedora reverberación de ecos que  
no consiguen escapar al aire libre; tiene rebordes grises sobrantes que  
no se desprenden, que uno no puede sacudir ni siquiera con un grito  
íntimo.

Una misma catacumba puede ser otra cada día, por divertido amor  
de lo diverso, como si se vaciara a medianoche y ya al mediodía estu-  
viera recién infiltrada de nuevos moradores.

Otras catacumbas son todo el tiempo la misma, pero sin dejar ni  
un solo segundo de incorporar señales del espacio exterior, como si  
respirara hacia un pulmón muy profundo, muy insaciable, que ahora  
mismo inhala la ráfaga de una guerra lejana, qué importa si perdida o  
ganada o interminable, y enseguida se traga una caravana de los recu-  
erdos familiares de una familia desconocida.

Llaves —de armarios devorados por el insecto del tiempo, de baúles  
evaporados, de una alacena sobreviviente, de la maleta de un viaje a  
Lourdes en el año 42, de un librero de caoba legítima donde se guardaba  
una Biblia ilustrada por Doré, de quién sabe cuánta desconocida cerra-  
dura—, la efigie de un santo o de un comandante, la retorcida forma de  
un ser indescifrable, un plato ruso y un platillo de Sèvres, un verdoso  
tenedor de plata, un martillo de níquel, un sacacorchos cualquiera, un

Desde otra catacumba alguien escribe toneladas de palabras hacia

afuera, sobre afuera, de dientes para afuera, y por la radio entran otras tantas toneladas que parecen venir rodando desde unas catacumbas excavadas en lo más alto de la más sórdida montaña, versos interminables de un poeta asesino que sólo procura ahogar tu silencio, evitar que puedas pensar en tu propio dolor un solo instante: te grita que la poesía vencerá en las catacumbas: te grita que el Gran Hermano ya no grita y que ya puedes gritar tú porque el Gran Hermano ya no te escucha.

Las catacumbas forman un laberinto. A veces las ventanas dan a un muro del dédalo. A veces las ventanas son espejos y cuando te asomas a ellas te sumerges en un mundo invertido: no ves al que mira ni miras al que ve: te ciega el reflejo del reflejo del reflejo de afuera.

Cuántas capas faltan para terminar de pelar la cebolla de adentro, cuántas lágrimas con transparencia de cebolla, cuántas capas con densidad de ámbar: mira los antiguos habitantes de la catacumba, tan bien conservados: con los labios quietos pero intactas en el aire espeso todas las palabras de la última conversación.

*Mira cómo pasa el hilo que indica la salida del laberinto, dice una voz. Mira al sepulturero, borracho de beber un trago por cada uno de nosotros, dice otra voz. Mira al forjador de llaves para las catacumbas, dice otra voz. Cállate, susurra alguien, oye lo que dice el Hermano del Gran Hermano. Una voz muy pequeña dice: Quiero ver el mar. O una foto del mar. O de un río que vaya hacia el mar.*

Hay una catacumba repleta de sepultureros borrachos. Uno toca un *allegro* anónimo en un piano imaginario sobre su propia rodilla. Otro dice que ha comenzado el juego decisivo de béisbol en esta temporada del infierno. Otro dice que abran la puerta para que entre el aire de afuera. Otro dice que cierren las ventanas para que no salga la música de adentro y no se molesten los vecinos. Otro dice que es un poeta velando el sueño de otro poeta cansado, cansado, muy cansado.



## PALABRAS PARA ELOGIAR LA REALIDAD

Haz la prueba: camina un día durante una o dos horas por las calles y lee los letreros, las consignas, las frases escritas con intención de tatuaje en la piel de la ciudad.

Muchas se repiten o giran más o menos en torno a un mismo punto, que a veces no es muy preciso; a partir de un *nosotros* que se torna más borroso cuanto más definitivo intenta ser.

A veces uno comprende que la idea es exacta, atrapable, pero sin que le quepa la menor duda de que se refiere a una realidad inatrapable, como cuando pronunciamos la palabra *Luna* o decimos *Siglo Treinta*.

Por una parte es el lenguaje superdragado, tan dragado que su agua no corre sobre un fondo, sino sobre el abismo donde una forma puede parecerse a otra que se parece a otra, y es ninguna.

Por otra parte es el lenguaje que no está hecho para la mirada consciente, sino para la vista inconsciente. Uno pasa por el mismo lugar cien veces y jamás detiene sus ojos para leer esas letras, pero una voluntad subliminal acaba finalmente asimilando las palabras.

No importa si lo comprendes, no importa si crees en él, ni si te parece lógico, ni si es algo a partir de lo cual puedes desarrollar tus propios pensamientos, ni si alrededor y en cualquier momento puede aparecer una evidencia justa de que esas palabras no tienen el menor trazo de certeza.

No importa lo que pensabas antes ni lo que pensarás después. No son palabras hechas para que pienses en ellas porque ni siquiera están hechas para que las leas con tu voluntad. *Sólo importa que estén ahí, escritas como un tatuaje, cada vez que pases por el lugar.* Así, poco a poco, una frase escrita comienza a convertirse en una cosa tangible.

Por otra parte, si las lees a voluntad una vez es posible que no te parezcan algo real, pero cuando la leas por centésima vez en cien lugares diferentes tu mente sola empezará a reconocerla como algo muy semejante a eso que llamamos certidumbre.

Además, te encontrarás con la misma consigna en mil paredes, en la primera página de los periódicos, en las primeras palabras de los noticiarios de la radio y la TV, en boca de los niños formados militarmente, en las conversaciones ociosas de algunos familiares y de algunos amigos y hasta de algunos desconocidos en cualquier sitio.

Si estás alerta, puede que seas capaz de descubrir que esas palabras suenan o están grabadas, incluso, allá el final de un remoto rincón de un sueño cualquiera, de un sueño que no te da ningún motivo para que te acuerdes de él, ni siquiera si fueses capaz de reconocer la presencia de ese eslogan ubicuo.

Cuando por alguna razón te hagas preguntas muy elementales acerca de esas frases, seguramente te asombrarás, sentirás una gran extrañeza.

¿A quién están dirigidas? De verdad y sin que quepa la menor duda, ¿a quién apunta ese mensaje? ¿Quién es el que *debe saber*?

Si el *nosotros* que habla es en general inatrapable, el destinatario del significado es menos definible aun, excepto si, de un modo misterioso, un poco forzado, pero en el fondo con cierta terrible lógica, fuera *otro nosotros*.

Y sin embargo, al final, las palabras son palabras. Nada más. O sea, algo que sirve a veces para decir una cosa y otras para decir lo contrario de lo que uno quiere decir, porque su significado realmente está en la vida y no en su simple caligrafía.

O sea, que la palabra hablada vuela y la escrita queda, en efecto, pero sólo si fue cierta porque, al final —no hay duda de eso—, de una u otra manera, la realidad es lo que siempre prevalece.

НОВОРОС

## LA FATALIDAD DEL HORIZONTE CERRADO

A veces parece que el horizonte se halla a pocos metros de la costa y que más allá de él no existe nada, que esto no es una isla, sino la realidad misma, única e inmutable, a partir de la cual toda otra verdad se disuelve. No hay horizonte: esa línea es el fin del mundo: a partir de ella comienza la ficción, el insondable universo imaginario. No hace falta saber en qué lengua cantan las sirenas si sabemos qué es lo que cantan. Cantan la encantadora melodía de que quizás hay algo real detrás del horizonte.

Otras veces mirar al mar es preguntar, con el aliento contenido:

—*¿Hay alguien allá afuera?*

Y entonces la respuesta es otra interrogación, en tono dudoso también:

—*¿Pero es que hay alguien ahí adentro?*

Esta isla es la única tierra indisoluble y un ejemplo de cuán grande es la derrota que la geografía puede infligirle a la historia. Y sin embargo casi siempre la esperanza y la salvación deben llegar desde más allá del horizonte.

Para tantos resulta ingenuo hacer planes *aquí* y para *aquí* si el único futuro concebible se encuentra *allá* y *aquí* es sólo el sitio de los lamentos y del crujir de dientes. Uno lanza su mirada sobre el mar y ruega, en silencio: *Ven a rescatarme, horizonte, ven y llévame ya*. Justo como si uno que se ahoga en el fondo del mar lanzara su súplica hacia lo alto: *Ven a rescatarme, superficie, ven y álzame ya*.

Otros días, el ruego puede ser más íntimo: *Trágame, tierra; ábrete y trágame ya*.

Mientras tanto, queda la seducción del muro —este muro de lamentos, de enamorados, de caminantes infatigables, de raros vigías, de solitarios y de jueguistas, de ensoñadores y de morosos—, que parece un simulacro de la eternidad. Parado sobre él, uno se entrega al inconsciente placer de volverle la espalda a la ciudad durante un rato, contemplando el mar, y después volver a mirar las calles y los edificios sintiendo que ha vivido un pequeño viaje. Qué importa cuántos instantes o

cuántos minutos han sido si ha sido un viaje y, mejor aún, si nadie lo ha sabido y uno puede regresar a su madriguera con la sensación de algo muy parecido al alivio.

Hay quien es frecuentado por una pesadilla en la que hay una misma imagen con pocas variaciones: todas las aves del mar y de la costa se alinean a todo lo largo del perímetro de la isla, cubriendo cada palmo, vueltas hacia la tierra, piando, chillando, ensordeciendo con la compacta miríada de sus gritos frenéticos las voces que vienen desde *allá*, un *allá* que tras esa muralla de graznidos parece un *más allá*.

Hay quien se obsesiona con el sol y sólo sigue su curso hipnótico desde que nace en el oriente; su ardiente parábola sobre la isla hasta el cenit para luego hundirse en el oeste y atravesar el cuerpo de la isla por debajo, en sentido inverso, hasta el nadir, y hacia el oriente de nuevo.

Otros hay que saben que seguirá habiendo agua por todas partes *salga el sol por donde salga*, y aun si no saliera o si los soles fuesen varios: uno naciendo al oriente mientras un segundo cae al oeste y un tercero incinera el cenit, e incluso hay un cuarto chocando con él y zigzagueando, vagabundo, por varias esquinas del cielo a media tarde.

Hay quien escoge, como último recurso, el sol de nadie, el invisible, el secreto sol de la noche, el que alumbró el inframundo y el reverso de los sucesos diurnos: ese sol negro que ahora mismo está en el cenit invertido de ese mundo enorme, infinito, encima del cual nuestro corazón anhelante es como una cáscara de nuez sobre el océano sin término.



**TEATRO EN EL CIELO**  
**(O ACERCA DE LO QUE CAE Y LO QUE PENDE Y LO QUE SE VA)**

No vuelvas hacia atrás la mirada, sino hacia arriba. El azul es el ojo. Mira cómo las aves de rapiña se encargan de lo más importante: lo que hay corrompido bajo la bóveda cristalina del cielo. Mirando desde la tierra se ven signos indescifrables. O al menos yo no entiendo ciertas figuras, que me inspiran un secreto horror. Como una araña desmesurada.

Mirar desde el cielo es la tentación de la visión inversa, del vacío que parece azul, que parece que te observa y hasta parece que te ve. Cada uno mira a lo alto y sólo ve el cielo, pero para ese azul —esa alta araña— cada uno de nosotros es una manera, un simulacro, una máscara, un pecado preciso, una condena indistinta, una muy precisa mezcla de átomos, una determinada mezcla de uñas, señales, pelos, zapatos olvidados y un ansia de olvido que no basta para todo lo que cada uno quiere echar —como cometas sin regreso— al azul sin fondo, transparente.

Y el azul es la lágrima.

Si miras desde el suelo contra el cielo las figuras pasan y pasan y pasan como si el horizonte las fuera devorando entre hilos de una alta araña, como si nunca hubieran estado (¿estuvo este o aquel, estuvo ninguno, estuvo alguien con su minúscula corona de espinas?). Estuve yo pasando una vez por la cara menos terrible de un puente sobre un río azul cuyo nombre no recuerdo.

No recuerdo tampoco el nombre del viento que se llevaba nuestros gritos azules. Ocurrían hechos terribles pero había un cerrado silencio. O no: el silencio era música de cuando teníamos oídos para escucharla. Pero el mundo tiene todos los sonidos y nosotros tenemos sólo este escuchar mezquino. No digas: oh, qué salvaje es el mundo, cuántos pedazos de nosotros puede hacer, cuán sordo puede ser el diálogo y cuán seco el intercambio de líquidos vitales en el cauce de la noche arácnida.

Todas las horas hieren, pero todos estamos heridos por dentro o por fuera: no se ven los labios de la herida porque todo lo visible es sólo un flujo de vida que se escapa sin bordes —sin hilos— aparentes hacia el azul.

Canta. Olvídate del Ojo del Cielo. Suelta tu sangre y que tus pájaros vuelen aunque tú no puedas volar con ellos al azul. Esos hilos colgando rectos del cielo no son telarañas. No me digas que tratas de escapar y te atrapan, te cogieron un pie, un ala, un pedazo de ti sin nombre o algo que no eres tú. Sigue volando y mira: no hay un Ojo en el Cielo.

¿Hay un mar allá arriba, un océano insondable en el que nunca podemos sumergirnos suficientemente, y tan vasto que no hay puerto ni orilla que alcanzar al otro lado? No importa si el azul es terrible: arroja tus zapatos, tus ripios, tus despojos: tus lloros son gotas que enriquecen ese mar sin olas, que cuelgan en los hilos del acuario de la araña, que parece caos.

Pero si estás puertas adentro, abre todas las ventanas y deja que el mediodía entre en el mundo del tumulto que no quieres que se vea. El azul es la lágrima última.

No valen las fronteras. No vale lo que niegues. Lo más grávido vuela y lo levísimo no te abandona nunca. Los huesos son polvo en el viento de las historias. El corazón es casi un ancla insoportable.

Me paso una mano por los ojos para no seguir viendo en plural: me duelen los dedos, los huesos de mis dedos son polvo que revuelven mis ojos llenos de telarañas. El azul es un párpado.

Un ojo ve otro ojo, pupila contra pupila, anulación, escorzo desde un ojo que es escorzo desde otro ojo que es otro escorzo. Oh, Dios, ¿y dónde está el silencio?

Mira el cielo que vuela. Mira el cielo que te mira. Ve el azul. Respira un momento. El aire es el azul. No sufras en vano. No hay ninguna araña en el cielo. Ningún Cancerbero custodiando la entrada del infierno. Todo lo que cuelga es un recuerdo, qué bien, qué buena vez aquella, alguno murió, alguno se fue, alguno se convirtió en ninguno, y qué interesa.

El azul es el llanto, pero más allá el viento es aun más azul. O más verde. O qué importa. ¿Quién tiene las puntas de los hilos del sueño? ¿Quién detiene la rueda del cielo?

Mira cómo gira el azul y cómo gira todo pero nunca nunca cierras los ojos.



## NAUMAQUIAS COTIDIANAS

*¡Adiós! Ya cruje la turgente vela...  
el ancla alza... el buque estremecido  
la ola corta y silencioso vuela!*

Gertrudis Gómez de Avellaneda

No todo lo que flota, flota para siempre: lo saben los náufragos, los hombres peces (esta es su estación, una larga estación) y los torpedos humanos de esta absurda naumaquia, o delirante purgación, u oportuno y compulsivo sacrificio humano en el altar de un dios indescifrable y —no cabe duda— cruel.

Esos nautas son algo más que una metáfora política y una cruda expresión del instinto de supervivencia: son también, cada uno, una frágil embarcación en lucha contra las sólidas naves sumergibles de una realidad insumergible: pequeños barcos que —sin saberlo aunque sin cesar, y muy despacio— tratan de tender un fantástico puente de una costa a la otra, siempre contra el viento.

Si ocurren llantos el mar beberá las lágrimas y si hay gritos el mar beberá sus ecos. (*Mami*, dice una niña, *estamos muriendo*). Luego será el silencio. Luego no habrá nada.

Y qué importa si ese fabuloso puente parece un trabajo imposible. Algún día, en una era menos demencial, se creará que esta era la única manera posible de poner el viento a favor en ausencia de una estrella propicia y visible y a falta de una marea más oportuna. Se creará, en fin, que la vida, en esta era de náufragos, debía estar en otra parte, aunque algunos creen que no, que la vida debía estar en otra Cuba.

*Otra playa, otro horizonte, otro mar*, decía Julián del Casal hace más de un siglo, *otros pueblos, otras gentes / de maneras diferentes de pensar. / (...)* Mas no parto. Si partiera / al instante yo quisiera regresar. Pero muchos de los que parten, *si llegan*, no quisieran regresar aquí nunca. Durante años habían escuchado el cañonazo

que cada noche, a las nueve, resuena desde la alta muralla de la fortaleza de La Cabaña y habían sentido que alguna vez ese estruendo sería una señal de partida para lanzarse al negro azar de la Corriente del Golfo —ese mar por todas partes que ha sido vasto infierno para tantos— y escapar del bullicio y los espejismos de la isla de las cotorras como quien huye del ojo del huracán. ¿Para qué quedarse, se preguntan, si aquí se puede vivir únicamente estando loco, dormido o borracho? La cordura no está ni siquiera en otra Cuba: está, sencillamente, en otra parte.

¿Cuántos deben partir? ¿Cuál es la cifra límite, el número mágico? Debe existir una cantidad precisa, un guarismo exacto, como existe en casi todo lo que cambia cuantitativamente para mutar de condición. Tal vez es una pregunta morbosa, pero lo cierto es que somos, por una parte, multitud anónima, y, por otra, simples números. Acaso en una época, hace mucho tiempo, éramos un destino, un sitio al que se quería llegar. Ahora somos un punto de partida —para equilibrar, para variar, para diversión de los números.

Seguramente ya nunca volverá a ocurrir algo parecido a las multitudinarias y diabólicas regatas del 80 y del 94, pero siguen las fugas al golfo, sigue este desangramiento más calmoso pero indetenible, por sobre la yerta marea política, por sobre el parloteo que satura el aire de la bella y siempre fidelísima isla de las cotorras: *¡Al mar!*, parece decir el grito silencioso que recorre las costas. Unos huyen simplemente, otros parten como si el exilio fuera la patria por otros medios.

Mucho antes de los versos de Casal, otro gran poeta, José María Heredia, en su *Himno del desterrado*, había escrito, en dolorosa sentencia:

*¡Dulce Cuba! ¡en tu seno se miran / en su grado más alto y profundo, / la belleza del físico mundo, / los horrores del mundo moral!*



## ÍNDICE

La Habana submarina	5
Un cuadrado mágico por toda la ciudad	9
Contando las olas	13
Pase el tiempo veloz y yo despierte	19
El bosque de estatuas solitarias	23
Manu cabalga la espuma	29
Basura es basura que es basura que es basura que es basura	33
Brother, ¿te acuerdas del hip hop?	37
Arborescencias (o de cómo la piedra se torna vegetal)	43
Si tuviera un rol el rock and roll	49
Solsticio con luna llena	53
Pintando sobre árboles muertos	57
Elogio de los coros cantores (o acerca del eco)	61
Bienvenidos a la era del pez claria	65
Parque Lennon, Revolution Number Nine Number Nine Number Nine	71
Interiores (o algunas de las diversas maneras de mirar hacia afuera)	75
Palabras para elogiar la realidad	79
La fatalidad del horizonte cerrado	85
Teatro en el cielo (o acerca de lo que cae y lo que pende y lo que se va)	89
Naumaquias cotidianas	93

Ernesto Santana  
*Puerto Padre, Cuba, 1958 / Escritor*

Graduado del Instituto Pedagógico Enrique J. Varona en Español y Literatura. Premio Alejo Carpentier de Novela 2002, premio Franz Kafka Novelas de Gaveta 2010. Ha publicado las novelas "Ave y nada" y "El carnaval y los muertos", el poemario "Escorpión en el mapa" y los libros de cuento "Bestia-pánico", "Cuando cruces los blancos archipiélagos" y "La venenosa flor del arzadú".

Juan Pablo Estrada Rodríguez  
*Camagüey, Cuba, 1992/ Artista visual*

Actualmente cursa el cuarto año de la carrera de Artes Visuales en la Universidad de las Artes de Cuba (ISA). Ha realizado las exposiciones personales *Intrusiones*, *La otra Ciudad* y *Cometas*, además de las bipersonales *Ánima II*, *Invaluable*, en el 7mo Salón de Arte Cubano Contemporáneo, y *Personaje de largas orejas*, . Ha participado en más de una decena de exposiciones colectivas en Camagüey, La Habana y Berlín.

